

COLECCIÓN TALLER

Nació de la aspiración de la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de acercar las letras a muy distintos grupos, a áreas no siempre asociadas con los libros o los trabajos literarios. Al extender sus límites, hacemos que el calor de la literatura roce a más personas. Esta expansión se ha dado a través de talleres y esta colección aloja los textos que surgen de ellos. Quienes asisten a los talleres no son, necesariamente, profesionales de la lectura o la escritura, pero tienen algo importante que contar. Es por eso que trabajamos para que cada libro difunda el trabajo colectivo de tutores y alumnos de una manera bien planeada, cuidada, editada y diseñada para llegar a quienes desean leer algo distinto.

En este segundo taller organizado por Literatura UNAM y la UNAM-Chicago, las asistentes sabían que sus experiencias como mujeres migrantes —o como hijas de migrantes— no podían quedarse en silencio. En sus textos —que ahora se compilan en este libro—, las autoras transforman recuerdos en imágenes, vivencias en estructuras, heridas y alegrías en relatos que cruzan dos territorios, dos lenguas, dos formas de reinventar el yo. Aquí se habla de infancias y adolescencias, viajes y asentamientos, familia y amistad, estudios y trabajo, y de lo que significa ser hija, hermana, madre, esposa... en el vasto y complejo mapa de la migración. Esta antología es un acto de memoria colectiva y de resistencia que nos recuerda que contar es resistir, y escuchar es habitar la experiencia del otro.

Sylvia Aguilar Zéleny
Compiladora

CLAUDIA CASTILLO • GABRIELA LAVALLE • SUSANA SALGADO ORTIZ • MARÍA DE LA LUZ MÁRQUEZ ANTONIO • HEATHER ANA HATHAWAY MIRANDA • ROCÍO EDITH SANTOS APARICIO • CAROLINA A. HERRERA • EDNA JACKELINE VÁZQUEZ NUÑEZ • LUCÍA MIER Y TERÁN ROMERO • ADRIANA PEGUERO CEJA • JUANA SANTIAGO • MARÍA TRINIDAD GONZÁLEZ



Nadie es ilegal

Mexicanas en Chicago



Sylvia Aguilar Zéleny

Es profesora asistente en la maestría en Escritura Creativa de la Universidad de Texas en El Paso, Texas. Se especializa en ficción, no ficción y pedagogía. En 2021 coordinó el Laboratorio de Escrituras Disidentes para el Museo Universitario del Chopo, y en 2023, el primer taller *Narrar lo propio* de la UNAM. Ha impartido diversos talleres de creación y pedagogía en Estados Unidos, México, España, Chile y Colombia. Es autora de los libros *The Everything I Have Lost* (2019), *El Libro de Aisha* (2020), *Basura* (2024), *Nenitas* (2025) y *Una falsa diarista* (2025), entre otros.



Un cuento

Claudia Castillo

*Extraño mundo ese en el que se asocia el amor a un objetivo,
qué lástima no entender que el amor, por el contrario,
significa sumergirse en los ojos del otro, incluso si son ciegos.*

CLARA DUPONT-MONOD

1

Me has pedido que te cuente un cuento.

Tienes tres años. Tomas un libro y te acomodas a mi lado. Abres el libro y simulas leer, aunque tus ojos no puedan ver el contenido de las páginas.

En la casa tenemos un librero dividido en secciones. La primera, más cercana al piso y a tu pequeñita estatura, tiene tus libros infantiles en braille. Una colección selecta lograda con amor en estos tres cortos y largos años. La segunda, un poco más arriba, está poblada de mis libros; algunos en inglés, otros en español, algunos heredados, otros regalados, algunos relacionados a historias de migrantes y discapacidades. Todos míos, todos con un significado especial para mí.

Me parece extraordinario que el ejemplar que acabas de tomar, sin saber su contenido, sea *Una habitación propia*. Qué irónico y qué revelador: mi deseo es que siempre encuentres una habitación propia. Aludiendo a Virginia Woolf, anhele que siempre tengas espacios donde se te permita florecer en tu máximo esplendor.

Todas las noches te narro un cuento inventado sobre princesas valientes. Esta noche, he decidido contarte la historia de una mujer migrante con una hija única.

—Había una vez, en una ciudad llamada Chicago —comienzo a narrarte como quien lee un cuento de hadas—, una niña que nació al comienzo del invierno más duro. Sus padres, que hacía un par de años se habían asentado en aquella lejana ciudad, esperaban con mucho amor a la bebé que estaba por llegar. Durante meses, habían trabajado ardua y sigilosamente para construir un hogar, lejos del propio, donde la niña se sintiera en casa.

Con una dicción perfecta para tu edad, producto de tu maravilloso sentido del oído, me pides que cambie de página y continúe leyendo. Aún no sabes que el contenido de las páginas está en mi imaginación, no impreso. Te observo agarrando el libro firmemente, quieta, con los ojos fijos en el vacío, abiertos e inmóviles, señal de que el cuento ha captado toda tu atención.

—Unos años antes de que la niña naciera, la mamá, buscando mejores oportunidades, se mudó a Chicago por el trabajo de sus sueños. La mujer soñaba con crecer profesionalmente, pero sobre todo soñaba con poder ayudar a otras personas. La mamá, que aún no era mamá, se despidió de su familia en México y comenzó una travesía que sería más dura y fascinante de lo que esperaba. Llegó a Chicago y se instaló sin conocer a nadie en esta fría ciudad, decidida a trabajar mucho y salir adelante.

—... decidida a trabajar mucho y salir adelante —repites con tu vocecita, mientras te hablo y noto que tu imaginación está volando. No sé cómo son las imágenes en tu cabeza, pero sé que estás siguiendo el hilo de la historia. ¿Te imaginas sonidos, olores, sensaciones? ¿Te imaginas mi voz? ¿Recrea tu cuerpecito la sensación de abrazarnos?

—Después de algunos años, la mujer se enteró de que estaba embarazada. Se trataba de un embarazo anhelado que traía mucha felicidad a toda la familia en ambos lados de la frontera. Comenzó entonces una segunda travesía: la primera fue al migrar, la segunda al gestar.

Hacemos una pausa. Te explico que las personas que cambian de país a veces emprenden caminos largos con muchos obstáculos. Que a veces es difícil. Que aprenden mucho en el trayecto. Que se transforman en el andar. Te explico que la maternidad contiene algunas similitudes con la migración: las madres emprenden viajes internos y cruzan sus autoimpuestas líneas

fronterizas. Se transforman al gestar. Tú, asiéndote fuerte a los bordes del libro, sentada con las piernas extendidas, la espalda derecha pero pegada a mí y con la mirada perdida en el vacío, escuchas atentamente. Noto cómo estás intentando entender y absorber tan complejos conceptos.

—Un día de noviembre nació la bebé y (re)nació la mamá.

Veo tu cara confundida y te explico en lenguaje simple sobre el nacimiento de un nuevo rol en la vida de una mujer. Te explico que la mamá es también amiga, hija, hermana. Te explico también que no sólo cumplimos un rol, sino que somos una por nosotras mismas. Somos un todo. Somos mujeres. Sigo, suavemente:

—La mamá soñaba con la niña. Se imaginaba cómo sería, cómo sonaría su voz, de qué color sería su cabello, a quién se parecería. Imaginó muchos escenarios en su mente, pero no pudo imaginar lo que sucedería a su llegada.

Te quedas callada. Te noto expectante, ansiosa por saber qué va a pasar, aunque ya lo intuyes. Continúo, añadiendo un giro a la historia:

—“Señora”, dijo el doctor, “su hija no puede ver. No puedo decirlo con certeza pero me atrevo a decir que sus ojos no verán nunca”.

No te sorprende ni te asusta, no sabes cuál es en realidad la mala noticia en esa oración. La ceguera no tiene adjetivos calificativos, sólo es.

—La mamá y el papá se quedaron en *shock*. La mamá, aún sangrando por el parto y con la bebé en brazos, necesitó sentarse y aferrarse al bultito indefenso que estaba cargando con su pequeño puño aferrado al pulgar. La mamá experimentaba un trauma doble: uno físico, que la doblaba de dolor desde las entrañas, y otro aún más profundo que tardaría más en cicatrizar.

“La mamá repitió la oración en su cabeza varias veces, pensando que al estar en inglés no había entendido realmente. Debía haber un malentendido. El papá se quedó sin palabras, se le vino abajo el mundo. La mamá, acostumbrada a cuestionar todo, no sabía ni por dónde empezar a sopesar la noticia. Poco a poco sintió el peso abrumador del significado.

“En la travesía de la maternidad, comenzaron a vislumbrarse nuevos obstáculos. La mamá no sólo estaba intentando sanar su cuerpo, sino que ahora debía cuidar a otro más y reinventar cómo hacerlo. La mamá se enfrentaba a

nuevas complicaciones. La complicación de no tener cerca a su propia madre en el momento más vulnerable. La complicación de no poder expresarse en el propio idioma en el momento más difícil. La complicación de no entender por dónde empezar. La necesidad de su gente. La necesidad de encontrar fuerza donde no la había.

Te reacomodas y pegas tu pequeño cuerpo más a mí. Siento tu tibieza, tus pequeñas manos, y observo cómo cambias delicadamente la página. Recuerdo lo mucho que me hacía falta mi mamá en tantos momentos y la ligereza de alma que sentía cuando, más que cuidar a mi hija, me cuidaba a mí. Ser mamá resignificó el amor por la mía. Noté que convertirme en mamá también había resignificado su amor por mí.

—La mamá se sentía sola, pero muy pronto descubrió que no lo estaba. (Re)descubrió el apoyo incondicional de su familia. Descubrió la sororidad en otras madres. Descubrió la fuerza de una comunidad.

Me interrumpes para preguntarme por tu abuelita y por tu tío. Me preguntas si los podemos llamar. Noto en la pregunta que lees entre líneas, e identificas a tu propia familia. Mi familia. La que se desvive por reducirme preocupaciones, y cada uno con su forma única de querer me hace sentir acompañada en todo momento. Mi mamá con su fuerza, mi hermano con su presencia, mi papá con su apoyo. Todos con su amor.

—*Ceguera. Discapacidad. Infancia.* Mientras la bebé se asía a su pecho, la mamá repasaba todas las noches esas palabras. Unas noches con pesar, otras noches con determinación, y casi todas con miedo. La mamá no dormía, pero su insomnio fue gradualmente pasando de la preocupación a la acción. La mamá estaba decidida a superar todos los obstáculos, y a que aquellas palabras cambiaran de tono y se transformaran en oportunidades. Poco sabía que la valiente no era sólo ella, sino la pequeña niña que llegó a cambiar a todos a su alrededor.

Sonríes orgullosa. Confirmas cada vez más que la historia es sobre ti. Estoy sumamente orgullosa de ti.

—La mamá se secó las lágrimas y comenzó a dedicar energía en dos cosas: cuidar a la niña, mientras la conocía y la amamantaba, y buscar, de manera

compulsiva y obsesiva, todo aquello que pudiera hacerles la vida más fácil y llevadera. La niña, existiendo como cualquier bebé recién nacido, sólo se enfocaba en comer y dormir, mientras que la mamá dedicaba su poco tiempo a pensar y pensar cuáles serían los siguientes pasos en la vida de ambas.

—Mamá, ¿vamos por una leche? —me interrumpes. Necesitas esta pausa y sé que quieres seguir escuchándome, pero a la vez sentirte la bebita que eras, con la paz con que dormías entre mis brazos. Pauso, vamos por tu leche. La preparamos juntas, tú sin ver, yo guiándote por la cocina. Pareces un pequeño adulto. Volvemos, te reacomodas y te acuestas. Mientras bebes, continúo el cuento:

—Terminaron las pocas semanas de licencia por maternidad y era momento de volver al trabajo. La vida en aquel país no permitía darse largas pausas. La maternidad tampoco.

Recuerdo que volví al trabajo físicamente sin que mi mente jamás volviera en su totalidad. Me dolía todo el cuerpo y me dolía el corazón. Volví a medias.

—Todos se dieron pronto cuenta de que la niña no sólo era diferente, sino muy especial. A ojos de los padres, la niña era mágica.

Me preguntas si nuestra protagonista es mágica como tú. Asiento y te abrazo. Te reincorporas prestando una renovada atención.

—La niña podía ver con los oídos y con las manos. Se movía libremente con sólo escuchar el rebote del sonido en las paredes. Identificaba qué instrumentos se tocaban en cada canción y memorizaba todo con sólo escucharlo un par de veces. Por su extraordinario sentido del oído, la niña aprendió a hablar antes de tiempo y decía frases completas incluso antes de caminar.

Me interrumpes y me empiezas a hablar, alardeando de que tú también puedes hacerlo. Hablas precioso.

—La mamá estaba aterrada por el presente y el futuro. Le preocupaba la vida de su hija en un mundo que no está construido para la diversidad. Un mundo donde sólo lo encuadrado en la norma ocupa un lugar. “Un día a la vez”, se decía. Y un día a la vez fue descubriendo que el miedo es la máscara

de lo desconocido. Conocer le trajo poder. El conocimiento la hizo fuerte y mágica.

Te sobresaltas:

—¡Mágica como la niña! —me dices emocionada. Tú piensas en la magia, yo en el miedo que sentía al observarte. Recuerdo que me preguntaba incansablemente qué pasaría con tu vida porque, además de ser niña y todo lo que ello conlleva en este mundo, que tuvieras una discapacidad y que yo no pudiera darte todo lo que merecías me paralizaba.

—Con el paso de los meses, la oscuridad que se sintió al principio comenzaba a filtrar rayos de luz. Se fue el invierno y llegó la primavera. Así también transcurrió un cambio de estación dentro de la mamá. Se había transformado: su primera metamorfosis. Aprendió y les enseñó a los que rodeaban a ambas. La niña, a su vez, enseñaba todos los días algo nuevo. Aprendían juntas.

Te tomo el pie descalzo. Lo acaricio.

—La discapacidad permeaba todos los aspectos de la vida de la familia nuclear y extendida. Se filtraba en cada conversación de las amistades de los padres, de los amigos, e incluso de los desconocidos. La mamá también comenzaba a observar el cambio en quienes las rodeaban. La ceguera se transformaba gradualmente de un concepto desafortunado a uno que irónicamente había llenado a la familia de luz.

Me acaricias la mano. Parece que la que me cuida eres tú. Me pregunto qué tantas vidas has pasado antes de llegar a mí. Continuamos el cuento:

—Algunas veces, mientras otras madres observaban, le preguntaban asombradas cómo podía, cómo lo había hecho. “Lo haces y ya”, respondía la mamá. A veces uno no se da cuenta de cómo atraviesa tormentas hasta que salió de ellas. Lo haces y ya.

Pauso un segundo. Pienso en la resiliencia, no sólo de las madres, sino de las personas migrantes, de las víctimas, de las sobrevivientes. Pienso en lo paralizante que es ver la tormenta a lo lejos, pero lo intuitivo que es cruzarla.

—Al ver la fuerza y la determinación de aquellas dos, otras personas comenzaron a acercarse a la mamá buscando consejos y ayuda para atravesar

situaciones similares y algunas otras que encontraban analogías en la resistencia. Las personas alrededor comenzaban a identificar su propia resiliencia en ella. La mamá supo que debía hacer algo con ello.

Me preguntas si mañana vamos a ir a la escuela, y precisamente a eso va la siguiente parte de la historia. Anticipas lo que pasará después en el cuento: la mamá deja su trabajo, se separa, busca lo mejor para ella y para su hija, se inscribe en la universidad y comienza a trabajar por las niñas y los niños migrantes con discapacidades. La mamá y la niña son felices, a pesar y encima de las adversidades.

Te quedas dormida. Pausamos el cuento. Sé que la historia de la mamá y la niña será una que te cuente muchas noches a lo largo de tu vida, y que se irá construyendo con el paso del tiempo. Sé que es una historia que yo también me repetiré constantemente.

2

Al día siguiente caminamos hacia la escuela. Te dejo en la puerta y tomas tu bastón con fuerza. Decidida, te despides de mí y caminas derecho hacia la entrada. Ahí estás: fuerte, segura e independiente a tus cortos tres años. Aquí estoy: fuerte, segura y decidida después de tres años.

Me alejo de la escuela y veo reflejados años de trabajo, aprendizaje, miedo y sobre todo profundo amor. Me pasan por la mente las páginas que leí, las solicitudes que llené, la barrera del idioma, el enredado sistema médico de este país. Pienso en tus terapeutas, en las decenas de médicos, en las cirugías que atravesaste. Pienso en la añoranza de lo conocido, la distancia, el dolor, el cansancio. Pienso en mi divorcio. Vuelvo a recordar el miedo.

Alejándome, también me pasan por la mente lo mucho que he aprendido y las personas que he conocido gracias a tu llegada. Pienso en los amigos que se convirtieron en familia y en la ciudad que se convirtió en hogar. Me cruzan la mente tu voz, tus manos, tu olor. Me siento afortunada por tener a mi hermano, a mis papás, a mis amigas, a ti. Me siento dichosa por el amor que me rodea.

Me siento orgullosa y me encamino a mi universidad.

Nuestras historias son únicas, pero tan comunes. Mi camino, hija mía, está acompañado de las historias de muchas madres migrantes que andamos largos caminos para atravesar fronteras externas e internas. Realizamos travesías como madres, como migrantes, como mujeres. Nos transformamos y transformamos el mundo a nuestro alrededor.

Que no se te olvide nunca lo valientes que somos.

